

# El proceso de simbolización en la transferencia

Guillermo Bodner

Analista didáctico de la Sociedad Española de Psicoanálisis (IPA)  
E-mail: gbodnerp@gmail.com

## Introducción

Las tres vertientes que confluyeron en el nacimiento del psicoanálisis, el tratamiento de la histeria, el análisis de los sueños y el descubrimiento de la sexualidad infantil, pusieron en evidencia que los síntomas, las imágenes y las fantasías tienen un sentido simbólico.

El símbolo, con sus raíces culturales, antropológicas y sociales cubrió una etapa de las primeras investigaciones psicoanalíticas, pero la práctica clínica abrió nuevos horizontes que desplazaron el interés desde el símbolo hacia el proceso de simbolización. Al centrarse en el proceso, la atención se focalizó en la estratificación del psiquismo desde una “superficie” manifiesta, hacia una “profundidad” latente. Estos planos se refieren a estructuras de sentido psicológico con consecuencias efectivas en la organización mental.

La simbolización como proceso, considera que el símbolo expresa un desarrollo y una construcción a partir de algunos elementos. La determinación de estos elementos, a partir de los cuales se pone en marcha el proceso de simbolización, es un tema de debate, abierto a diferentes enfoques y controversias que enriquecen el psicoanálisis actual. Desde distintos referentes teóricos se proponen modelos acerca de qué se simboliza, (el deseo, el impulso, la relación de objeto, la sexualidad reprimida, etc.) y cuáles son los caminos que recorre este proceso. Este recorrido transcurre simultánea y sucesivamente a través de lo intrapsíquico, lo intersubjetivo y la relación con el objeto externo real.

## La ontología del símbolo

Entre los autores que han investigado el símbolo en psicoanálisis, empezando por Freud se observa una tendencia general a buscar su origen fundamental, la realidad o verdad última de la que parten las transformaciones que convergen en la forma simbólica.

Haciendo un trayecto desde el símbolo hacia sus “orígenes”, encontramos que el punto de partida se pierde en la penumbra, por lo que se suele recurrir a denominaciones como lo “incognoscible” o la “realidad o verdad última”. Es un terreno incómodo que se suele mencionar de paso, para llegar a zonas más claras en la que sea posible cierto discernimiento.

Pero si sus orígenes son oscuros, lo mismo ocurre con el producto “final”. El símbolo, ya sea lingüístico, pictográfico o sonoro no tiene un sentido unívoco y siempre queda inconcluso y abierto. Tal vez haya aquí una diferencia con el símbolo matemático, cuya exactitud le priva, no obstante de otras cualidades comunicativas. Incluso podríamos dudar, desde el punto de vista psicoanalítico si un símbolo conclusivo y cerrado, merece realmente la denominación de símbolo.

Precisamente un atributo valioso del símbolo lingüístico, es su carácter abierto, no totalmente definido, accesible a la polisemia, a las connotaciones y al juego creativo-poético (poiético) en el sentido etimológico de la palabra.

Podemos decir que todo aquello que de alguna manera estimula en el psiquismo la necesidad de ser comunicado, es una fuente potencial de símbolos. Este planteo de



enorme amplitud, abarca todas las fuentes posibles que impacten de manera directa o indirecta el aparato psíquico, sin excluir el propio cuerpo. Entre el estímulo y la puesta en marcha de la simbolización, debe haber un paso intermedio que es el registro psicológico de lo que produce el estímulo. El estímulo, por sí mismo no puede generar símbolos sin la función intermediadora del psiquismo y la afectividad.

En sus construcciones teóricas Freud, Bion y otros, se refieren a un nivel del psiquismo incognoscible, que relacionan con lo que la filosofía describe como la “cosa en sí” kantiana, incognoscible por definición. Desde el punto de vista filosófico, se trata de un aspecto crucial en la encrucijada yo-sujeto-objeto.

En sentido estrictamente kantiano, “cosa en sí” en un concepto límite que queda por fuera del ámbito de lo cognoscitivo y por lo tanto la aspiración de conocimiento sobre el mismo carece de validez. No obstante el propio Kant mostró sus fluctuaciones en su obra y éste ha sido uno de los puntos de partida del debate con los autores principales del idealismo. El idealismo y su aspiración a lo “absoluto”, cuyos representantes principales fueron Schelling y Hegel, buscaron superar el límite marcado por Kant.

Más de dos siglos después, es un debate que sigue aportando elementos de reflexión sobre el conocimiento y sus límites, la ciencia, el arte y en definitiva, de qué se trata cuando se habla de filosofía. Es evidente que la pretensión de conceptualizar el inconsciente y sus producciones y hacer de ello un recurso terapéutico no es ajeno a la prolongación de estas discusiones.

En otros términos podemos trasladar la discusión filosófica al plano psicoanalítico formulando la pregunta de si es posible reivindicar la validez de un discurso meramente cognoscitivo del inconsciente o si por el contrario estas capas profundas se captan a través de una interacción continua

entre conocimiento e intuición, actuando por separado la sensibilidad y el concepto. Para Kant esto no es posible porque el punto cero del discurso cognoscitivo válido, se da a partir del concepto que es la síntesis de la sensibilidad y el entendimiento.

Kant no dice que no se puede hablar de lo que está “antes” de esa síntesis, que denomina “desconocida raíz común”; lo que cuestiona es la validez cognoscitiva de tal discurso. Me he extendido en este punto porque con frecuencia se mencionan en psicoanálisis términos como “verdad última” y el O de Bion, que él mismo equipara con la “cosa en sí” kantiana, sin hacer estas precisiones que me parecen necesarias. Por otro lado el papel del conocimiento y de la intuición, aparece, en forma manifiesta o no, en muchos de los debates actuales acerca del modo de abordar la clínica.

Es frecuente encontrar en la literatura psicoanalítica menciones a ese “lugar desconocido” o “incognoscible” desde donde parten los fenómenos que captamos, percibimos, sentimos y que entonces se transforman en elementos observados, deducidos o inferidos a través del método psicoanalítico. Pero si “verdad última” o lo “incognoscible” puede hacer pensar en la oscuridad, en lo místico, favorecido por el propio Bion en sus interesantes comentarios sobre San Juan de la Cruz, podemos llegar a terrenos imposibles de explorar. No obstante el propio Bion, en una de sus anotaciones, ofrece un punto de vista más claro. Opina que nuestra disciplina puede entrar en crisis debido a que “en esa zona no existe lenguaje que pueda expresarla. Trataré de decirlo así: la realidad fundamental es el “infinito”, lo desconocido, la situación para la cual no hay lenguaje –ni siquiera prestado por el arte o por la religión, que intenta acercarse a describirlos”. (Bion, 1992) En efecto, si dejamos de lado las verdades últimas o el terreno de lo incognoscible, podemos admitir que es una zona, tal vez de indiferenciación somato psíquica,



que abarca una cantidad infinita de elementos y por esta razón, (la imposibilidad de delimitarlos) se hace inaccesible al conocimiento.

A su vez estas cuestiones se relacionan de manera directa con el tema tantas veces discutido, y en el que no vamos a entrar ahora, sobre el carácter científico del psicoanálisis y en caso afirmativo qué tipo de ciencia sería.

### **La distancia de la cosa**

Aunque desde el punto de vista de un observador, pueda parecer superfluo aclarar que la cosa y su representación no son lo mismo, los psicoanalistas al tratar patologías graves nos hemos familiarizado con el hecho sorprendente de que en algunos individuos esta diferencia no es evidente.

Freud construye precisamente un modelo en el que se diferencia la representación de cosa y la representación de palabra. Sería discutible si la dificultad de discriminación es entre “cosa” y “representación” o entre “ambos tipos de representaciones”.

Pero si la cosa y su representación (y la palabra y su representación) no son lo mismo, estamos hablando de una diferencia que podemos denominar distancia, aun sabiendo que no nos referimos a distancias espaciales. Pero ha de haber una distancia entre un elemento y otro para que exista la discriminación y no la fusión-confusión.

Considero que esta concepción de la distancia en el ámbito del sentido y no en el ámbito del espacio, es un factor esencial en el proceso de simbolización. Si se quiere, esta distancia en el plano del sentido es una metáfora del plano espacial y por lo tanto el punto de partida de la simbolización.

La infinidad de potenciales estímulos sobre el psiquismo ha tratado de ser captada conceptualmente por las escuelas teóricas clásicas. Así Freud ha acuñado el término representación para designar aquello que presenta (o re-presenta) el estímulo en el psiquismo y la palabra representación ha

adquirido una extensión casi universal en nuestra disciplina. No obstante, Melanie Klein modifica no sólo el nombre sino el mismo concepto dando origen al complejo nombre de “objeto interno” que ha dado lugar a numerosos debates.

Laplanche y Pontalis (1974) nos dicen que la representación forma el contenido de un acto de pensamiento y la reproducción de una percepción anterior. Los primeros modelos teóricos destinados a explicar las psiconeurosis se centran en la distinción entre afecto y representación. La representación reprimida podrá ser simbolizada, mientras que el afecto es suprimido. “La representación es aquello que del objeto se inscribe en los sistemas mnémicos y estos sistemas movilizan la simbolización. Freud concibe la memoria como sistemas mnémicos y designa como “huella mnémica” la impresión que guardando similitud con un objeto, no va ligado a una cualidad sensorial.”

Nos desviaríamos mucho de nuestro tema si entramos a discutir similitudes y diferencias entre el concepto de representación en Freud y el de “objeto interno” en Melanie Klein. Para destacar sólo una característica distintiva entre muchas, diría que el objeto kleiniano es indisoluble de su concepción de fantasía inconsciente, mientras que la representación freudiana, no está tan íntimamente ligada al fantaseo. No obstante, el lector interesado puede encontrar descripciones exhaustivas en obras dedicadas al tema. (Perlow, 1995; Hinshelwood, 1997)

Al pasar del infinito incognoscible a pensar en representaciones o en objetos, ya hemos dado un salto conceptual en el ámbito del pensamiento psicoanalítico. Ahora tenemos referentes conceptuales a partir de los cuales podemos trazar hipótesis sobre la creación de los símbolos.

Estos conceptos están distanciados de la cosa y hago énfasis en esta dimensión porque la distancia, la separación o el en-



cuentro son datos clínicos relevantes que permiten la exploración cuidadosa de aspectos primarios del funcionamiento mental y que se relacionan con el simbolismo. Las separaciones más evidentes observadas en la clínica ocurren entre una sesión y otra, las vacaciones y otras interrupciones claramente observables. No obstante creo que la distancia o separación se da también en el seno de la sesión analítica cuando la interpretación del analista parece “distante” o “separada” del relato del paciente. Se entiende que esto puede deberse a un error del analista, pero también puede corresponder a una dificultad del paciente de tolerar la versión “simbólicamente interpretada” de su relato, que implica obviamente un distanciamiento simbólico.

### **La construcción del símbolo**

El modelo de Bion plasmado en la tabla que describe la organización cada vez más compleja de los elementos hasta llegar al símbolo ha tenido mucha aceptación, incluso por fuera del marco kleiniano de su autor. El modelo bioniano o algunos de sus conceptos son utilizados por analistas de formaciones muy diversas.

Simplificando, podemos decir que el punto de partida del proceso de simbolización surge de elementos psíquicos que son denominados representaciones en el marco freudiano y objetos internos en el kleiniano.

En un primer momento Freud consideraba que se simbolizaba lo que había sido reprimido. Pero a medida que el concepto de lo inconsciente se fue ampliando con el hallazgo de mecanismos más primarios que la represión, se advirtió la existencia de un inconsciente no reprimido, gestionado por otros medios que Freud apuntó y sus continuadores ampliaron. Si en una primera formulación Freud diferenciaba entre un inconsciente descriptivo y uno dinámico, éste ha aparecido bajo la forma de inconsciente reprimido, partes inconscientes no reprimidas y estados de la mente sin repre-

sentación. Cada uno de ellos puede ser el punto de partida de procesos de simbolización, con vías y modos de procesamiento diferentes. Lo que parece estar cuestionado, es si en el camino de la simbolización, el paso por la representación reprimida es necesario o no.

Al ocuparnos de la simbolización, debemos fijar el área de nuestra exposición para no dejar los límites indefinidos. Nos ocuparemos de la simbolización en la relación analítica. Establecido así se puede decir que el punto de partida está en el paciente y la recepción en el analista. Ésta es una versión sintética, porque cada uno de estos términos se complejiza de acuerdo con los modelos teóricos desarrollados desde Freud hasta nuestros días en que la interacción paciente-analista cobra cada vez más relevancia.

Lo mismo puede decirse del modelo a veces utilizado del objeto partido en dos y que permite un posterior reconocimiento al reunir los trozos separados. Este ejemplo es excesivamente simplificador, no tiene una fundamentación sólida y es pobre respecto al símbolo en psicoanálisis. La reunión de las dos partes separadas sólo permite el reconocimiento de lo que había estado separado. En cambio el símbolo, psicoanalíticamente relevante, no sólo restaura una comprensión perdida (por represión o por escisión) sino que añade algo más. No es lo mismo que la simbolización revele una sexualidad reprimida, que poner de manifiesto que la sexualidad estaba reprimida debido a las fantasías incestuosas que la alimentan.

Desde los primeros modelos freudianos, centrados en el síntoma, la historia o las imágenes del paciente, se ha pasado a una implicación cada vez mayor del analista y su manera de involucrarse en el proceso. El papel del objeto receptor con su subjetividad, es activo en la formación del símbolo, que no depende sólo de la organización psicopatológica del paciente, sino de la sen-



sibilidad del analista de su capacidad de escucha, de los esquemas teóricos que maneje, de la profundidad de la percepción de su propia contratransferencia y de su capacidad imaginativa disponible para este proceso.

Como señalamos más arriba, la relación entre símbolo y simbolizado en el análisis tiene efectos movilizadores si el símbolo pone de relieve algo más de lo simbolizado. Ese algo más será una estructura inconsciente, reflejada como pulsiones y defensas, como relaciones de objeto, como conflictiva edípica o como sea que esté configurada la comprensión del analista. Comprensión que está basada en su formación teórica, pero más que nada en su capacidad receptiva hacia lo que se trasmite en el vínculo transferencia-contratransferencia.

Naturalmente el proceso implica una capacidad del paciente para formar símbolos o para evocar en el analista receptor la puesta en marcha de su receptividad simbolizadora. Green (1975) considera que frente a un paciente neurótico, el analista puede asumir una actitud más “objetiva” y su funcionamiento es predominantemente deductivo. En cambio, con pacientes del espectro fronterizo el analista pone más en juego su subjetividad y su función es más inductiva.

Freud diferencia representaciones de palabra y de cosa. En la alucinación primitiva la representación de cosa equivale al objeto percibido y se carga en ausencia de éste. La representación inconsciente patógena, está en el punto en el que el objeto es inseparable de sus huellas, el significado es inseparable del significante. El simbolismo, es un modo de representación indirecta y figurada de una idea, de un conflicto, de un deseo inconsciente: sería simbólica toda representación sustitutiva.

Lo que la psicología designa como conductas simbólicas son las que atestiguan la aptitud del sujeto para diferenciar un orden de realidad irreductible a las “cosas” y que permite un uso generalizado de éstas. Para

algunos autores sólo se puede hablar de simbolismo, cuando lo simbolizado es inconsciente.

Tal vez uno de los modelos más conocidos y sistematizados sobre la formación de símbolos sea el de Bion. Es importante destacar al respecto que no se trata sólo de un modelo basado en síntomas o sueños, sino que es parte de la construcción de una teoría del pensamiento, de lo que Bléandonu (1994) llama el Bion epistemológico.

Bion estudiaba las alteraciones del pensamiento en la esquizofrenia y otras psicosis graves que le llevaron a considerar que el ataque al propio pensamiento, es característica de estas formas de psicosis. De ahí pasa a construir su teoría del pensamiento basada en diferentes pasos en la transformación de las experiencias emocionales primarias.

Al proponer su teoría psicoanalítica del pensamiento, Bion (1962) nos sorprende con una afirmación inquietante. Señala que el pensar es el resultado de dos procesos exitosos; el primero es la formación de pensamientos y el segundo es el desarrollo del aparato para pensarlos. Los pensamientos no son el producto de la función del aparato psíquico, sino que son los pensamientos los que fuerzan la creación del aparato para pensarlos.

Para comprender este giro radical frente a lo que dice el sentido común, debemos aclarar que Bion llama pensamiento en esta etapa, a algo no pensado pero vivido como anhelo, como expectativa que debe hacer un recorrido para ser pensable. Este recorrido pasa por que la expectativa (preconcepción) se encuentre con el objeto adecuado para brindarle satisfacción (realización): de esa conjunción surge la concepción, que no es todavía el concepto, pero que es un paso desde la expectativa hacia la abstracción. Se trata de la experiencia tolerada frente a la ausencia del objeto de la satisfacción.

Aquí aparece el giro en el modelo, porque alcanzada la concepción, el sujeto pue-





de enfrentarse con la satisfacción o la frustración. Bion limita la idea de pensamiento, en este punto de su elaboración, a lo que resulta del encuentro de la preconcepción con la frustración. A esta altura del modelo bioniano, pensamiento es algo más vivido que pensado, aunque es un paso ineludible en el camino de la conceptualización y el pensamiento abstracto.

La conocida tabla de Bion es de limitada utilidad durante la sesión. En cambio es un proyecto riguroso para ser usado fuera de la sesión, como una propuesta acerca de la evolución de los elementos desde sus formas más primitivas a las más complejas del pensamiento conceptual.

Más allá de la utilidad que se le pueda dar a la tabla, es importante recordar el sentido de sus dos ejes: mientras uno muestra la génesis de los elementos del pensar, el otro eje muestra el uso que se hace de esos elementos, desde su expulsión, pasando por organizaciones defensivas para evitar la realidad, hasta las más complejas formas de abstracción comunicativa desde el abordaje realista. Es importante recordar que realidad aquí se refiere tanto a la realidad externa, como a lo que llamamos realidad interna.

### **El espacio simbólico**

La capacidad de simbolización se basa en la relación de una cualidad especial vista desde la subjetividad del individuo. La relación del self con el objeto interno y externo es esencial para modular los impulsos libidinales y agresivos que den soporte y estabilidad al vínculo. El triángulo edípico, sea en su versión del sujeto con sus padres reales o en su representación interna como funciones intrapsíquicas es un requisito para la adecuada tramitación de las emociones y ansiedades básicas.

La pareja parental en relación, la escena primaria, tiene su correlato metafórico en la situación analítica. El espacio intrapsíquico del paciente, como también el del analista

están por fuera de las capacidades perceptivas de uno y otro miembro de la pareja. Se influyen mutuamente, interaccionan y hasta pueden compartir fantasías. Pero el espacio de las fantasías compartidas de la pareja analítica, es compatible con la radical alteridad de sus espacios privados. Es esa alteridad radical la que estimula la curiosidad, el interés, el genuino deseo de saber qué hay más allá de los límites.

Pero este espacio, vedado a la percepción, es en cambio, el lugar posible de la imaginación. Una imaginación compatible con la incertidumbre pero no con la certeza alucinatoria, que manifiesta la intolerancia a los límites de este espacio.

Dentro del triángulo edípico, el sujeto aprende o no, según las circunstancias, a captar las diferentes funciones entre los ángulos del triángulo y los lados del mismo, teniendo en cuenta que los lados no nos iguales sino que el que une al sujeto con sus funciones paterna y materna (o simbolizadora y contenedora) es diferente a las que une a los objetos parentales entre sí. Es diferente, asimétrica y su carácter inaccesible es la metáfora de la prohibición del incesto en el nivel intrapsíquico y de la intersubjetividad inconsciente.

Son muchos los factores que pueden influir para que este proceso de simbolización se lleve a cabo de una manera exitosa o por el contrario, muestre deficiencias que afectan la comunicación y el pensamiento. Entre tantos factores implicados, destaca la necesidad de un objeto y una función: la función de reverie del objeto receptor de las comunicaciones. El mecanismo básico descrito por Bion, es una ampliación de la identificación proyectiva de Klein, que deja de ser sólo una defensa patológica, para abarcar también la función de la comunicación primitiva normal. Los mecanismos pulsionales o los códigos básicos (Ogden, 1986) trasladan la vivencia desde el sujeto a su objeto específico con capacidad de procesarlas y devolverlas con sentido.



Esta capacidad de trasladar al objeto ansiedades que por su intensidad o su cualidad se hacen intolerables para el sujeto, es el vehículo para esa comunicación temprana por medio de la cual, los elementos beta (sin capacidad de ligarse, ser soñados, almacenados o pensados) se transforman en elementos alfa. Estos tienen capacidades potenciales, tanto para el almacenamiento mnémico, como para el sueño, el pensamiento, la creación.

Si la capacidad de reverie o función alfa está en un primer momento alojada en el objeto cuidador, también se instala paulatinamente en el psiquismo del sujeto, que va incorporando esta función como parte de su crecimiento psíquico y del desarrollo de su autonomía. Pero el desarrollo de la función alfa, nunca será definitiva, en tanto que el sujeto humano, como ser social, siempre necesitará de un otro para la transformación creativa de su capacidad de pensar. Otra cuestión es si ese otro es una presencia externa, unas inscripciones internas o ambas a la vez. Lo que es claro es que el self necesita de la alteridad para estimular, crear y desarrollar la comunicación simbólica. Es más, es esa brecha, esa discontinuidad la que crea lo heterogéneo, que es lo que da cuenta el símbolo.

Con esto que afirmamos hemos ampliado el campo de que sólo lo reprimido es fuente de simbolización o que ésta sea una característica propia de las neurosis, para pensar que la actividad simbolizadora se extiende por todo el espectro de estados mentales, parte de niveles arcaicos, primitivos, transcurre por senderos variados, pero deben ser recogidos siempre por un extremo receptor sensible, dispuesto a un discrimamiento que no es una simple traducción, sino un trabajo complejo e interminable.

Decíamos antes que a un elemento conclusivo y cerrado, difícilmente se le puede atribuir la función de un símbolo. La organización mental no es estática, pues eso implica un repliegue defensivo. La mente

está invariablemente expuesta a infinitud de estímulos que mencionábamos anteriormente. La incorporación de esos estímulos o sus respectivas representaciones, implica una inevitable disposición del psiquismo maduro a tolerar desorganizaciones parciales y pasajeras que no implican patología. Por el contrario, lo que conduciría a situaciones potencialmente patológicas sería que las nuevas experiencias no pudiesen ser integradas en el mundo interno y quedaran entonces, como vivencias escindidas.

Este aspecto ha sido desarrollado por R. Britton (2001a). Ya el esquema unidireccional de Klein (esquizoparanoide-depresivo) fue modificado por Bion con su fórmula más dinámica Ps-D; en ella las posiciones ya no son sólo etapas evolutivas, sino estados mentales en constante oscilación. Esta visión, menos lineal y más dinámica, pone énfasis en la capacidad de tolerar desorganizaciones pasajeras que hagan posible la inclusión de nuevas experiencias. Britton ha denominado esta fase “posición post-depresiva” y creo que es totalmente aplicable al símbolo.

Como este mismo autor ha señalado en otras obras (2001b) el símbolo cerrado conduce a la idealización, a la idolatría o al fundamentalismo. Por ese motivo considero que un símbolo que favorezca la comunicación, el crecimiento permanente y el desarrollo mental debe estar disponible a las vicisitudes de esta etapa “post-depresiva” y poder tolerar las ansiedades de estas desorganizaciones parciales.

### **Algunas otras perspectivas**

En los últimos años se ha prestado especial atención a todo aquello que se comunica por medios no verbales o que acompaña a la verbalización. Me refiero a lo relativo al acto, la actuación o el enactment como se prefiere denominar para resaltar su función comunicativa.

Entre muchos aportes destacaría el artículo publicado por G. Sapisochin



(2014) en el que revisa la idea freudiana de *agieren*, que equipara al concepto de enactment. Freud conceptualiza el *agieren* dentro del proceso y de la sesión analítica y lo articula con la compulsión de repetición en la transferencia. Pero Freud no pensó que la transferencia suscita una actuación dramática complementaria del analista que lo hace presente en el escenario analítico.

Según Sapisochin hay gestos psíquicos que serían equiparables a lo que Bleger (1989) denomina aspectos sincréticos depositados en el encuadre. Es lo mudo del paciente que se pone en acto dramático. Señala que “lo mudo utiliza las palabras como actos de lenguaje porque inducen cierta posición identificatoria del analista en el encuentro, para dramatizar cierto gesto psíquico no verbalizable”. La escena dramatizada hace visible un gesto psíquico que la pareja analítica simboliza; un gesto psíquico del paciente cuyo formato no es compatible con la lógica verbal.

La acción interpretativa, es el medio que torna visible un gesto psíquico invisible que requiere de una nueva interpretación verbal del analista en un proceso permanente que no tiene una meta definitiva. Recordemos lo que señalábamos más arriba respecto a la posición depresiva, considerada por Klein como la meta y la solución de la conflictiva edípica, y su modificación por Bion y Britton, que añaden un dinamismo oscilatorio continuo.

Si bien el analista co-participa con la activación de su inconsciente, lo hace para 'interpretar' el papel de un objeto ausente que dejó huellas de identificación en el paciente, registradas como secuencias de gestos psíquicos que se manifiestan a través del enactment. En este modelo la coproducción simbólica que es el objeto-de-escucha-psicoanalítica es una formación intersubjetiva para conocer la intrasubjetividad del analizando, que pre-existe al encuentro.

En este modelo lo puesto en acto dramático pertenece a lo inconsciente-no-reprimido que está estructurado en un lenguaje visual como secuencias imaginarias de gestos psíquicos, que se expresan a través de la repetición compulsiva. Sapisochin sostiene que su trabajo busca distanciarse de la noción de irrepresentable de Green y Botella, de lo no mentalizado de Marty, de lo no simbolizado de Steiner o de lo poco estructurado de Spence, Schafer, Viderman.

La importancia de esta precisión radica en que el autor no considera los "registros no representacionales" o de "funcionamiento menos simbolizados" o "no simbolizados" porque no hay espacio en su modelo para la idea de vacío representacional. Creo que es una idea interesante en abierta contradicción con otros modelos actuales, que sugieren que traumatismos precoces pueden crear precisamente ese déficit o vacío representacional (Levine, Scarfone, Reed, 2013)

Lo que resulta de esta propuesta es la hipótesis de que si no se siguen los destinos de la representatividad verbal, esto no implica de por sí que carezcan de representación. En este sentido, y aunque el autor considera que “toda interpretación en el aquí y ahora es implícitamente una construcción sobre el vínculo con un objeto del pasado presentificado a través de lo dramatizado, () en (este) modelo dicha construcción busca un pasado que se supone que existió en las vicisitudes de la historia subjetiva y quedó registrado como gesto psíquico”. (Sapisochin, G. op. cit.)

Todo gesto psíquico, aunque su forma de registro sea imaginaria, es símbolo de la presencia del objeto primordial en la subjetividad. Es por ello que en esta conceptualización, lo registrado como gesto psíquico jamás es lo no simbólico, aunque se trate de simbolizaciones diferentes a las verbales. Añade: “creo que hay que dejar de concebir los procesos de representación simbólica como procesos binarios, en el sentido de





simbolización verbal o nada, y considerarlos como procesos con gradientes crecientes en las cualidades formales de representación. Por ello hablo de simbolizaciones imaginarias”.

De acuerdo a cómo se conceptualicen los registros de lo inconsciente-no-reprimido dependerá la visión que se tenga de agieren-en-sentido-ampliado, llámese puesta en acto dramático o enactment. Si pensamos que estos registros no "entienden" la palabra, la interpretación verbal del analista sólo puede traducirlos al lenguaje verbal après-coup de un enactment que los torne visibles para la pareja analítica. Y por ello la puesta-en-acto-dramático es la vía regia irreductible de acceso a los gestos psíquicos.

El autor postula un modelo de psiquismo con diferentes niveles de funcionamiento, de representación y modos de expresión sincrónica. Lo inconsciente reprimido se expresa según las formaciones psíquicas de lo representado verbalmente: asociación libre, lapsus, sueños. Por el contrario el inconsciente no reprimido se presenta en forma de enactments, que sólo se ponen de manifiesto en la relación intersubjetiva por ser portadores de marcas de experiencias no inscritas en el registro mnémico, producto del vínculo con los objetos primarios. Estos enactments sólo son percibidos por el analista como interrupciones en su contratransferencia.

Y por ello sostiene que el gesto psíquico es "[...] el testimonio de la huella del objeto en la subjetividad y la expresión de este funcionamiento arcaico patognómico del psiquismo no reprimido. Resto anacrónico que invade al sujeto condenándolo a un eterno trabajo de apropiación, ligazón y transformación de eso extraño que lo invade y se resiste a ser resignificado verbalmente [...]" Gesto aprehendido en el encuentro con el otro primordial, que salvó al sujeto infantil del desvalimiento representacional originario,

al adjudicarle proyectivamente la identidad de alguien que significa el encuentro con lo real, de una manera y en un contexto específicos. Una primera forma de vínculo emocional radicalmente desligado de la palabra, relacional desde el comienzo, que se registra en el psiquismo mediante esta gestualidad arcaica.

El psiquismo no reprimido busca una vía de expresión donde re-presentarse intersubjetivamente. Dada su modalidad de registro requiere de una realización intersubjetiva para ser conocida por el Yo de la narrativa coherente que funciona con registros verbales.

Cuando Freud considera que el paciente sólo recuerda experiencias vivenciadas en épocas muy tempranas, a través de la dramatización en el presente del escenario analítico, está subvirtiendo su propia teoría de la escucha psicoanalítica al abordar, de manera implícita, el problema de la imposibilidad de recordar todo el pasado a través de la verbalización. Y al proponer la idea de recordar a través de Agieren supone el reconocimiento implícito de la insuficiencia del método psicoanalítico, basado en el par asociación libre por parte del paciente y atención libremente flotante por parte del analista, para escuchar la expresión de estos elementos del psiquismo que hoy decimos que se expresan por este rodeo de la implicación contratransferencial puesta en acto dramático.

Es decir que el método analítico deviene proceso analítico dado que el foco de la escucha se descentra del discurso verbal y pasa a focalizarse en los intercambios simbólicos que se dan entre analizando y analista a lo largo de un eje diacrónico. M. Klein denominó a esta manera de recordar "memories in feelings" para enfatizar la idea de que se recuerda un estado emocional vivenciado a través de realizaciones en el presente del escenario analítico. Una idea del trabajo del recordar en el cual lo ausente, al devenir acontecimiento presente, en el



aquí y ahora del proceso analítico, adquiere a posteriori (*Nachträglich*) estatuto de recuerdo.

Es por ello que, actualmente, trabajamos con el supuesto de que el pasado que conoceremos será siempre un pasado recreado a posteriori de un agieren-en-sentido-ampliado desde el presente de la situación analítica.

El autor concluye que se trata de algo jamás pensado por el Yo, inscrito como un guion-relacional-imaginario, llamado gesto psíquico. Gesto psíquico que ahora puede ser nominado, es decir pensado con lógica verbal y adquirir existencia bajo una nueva forma apropiable por el Yo de la narrativa.

Como he señalado antes esta perspectiva, además de ampliar el ámbito de lo simbolizable, puntualiza de manera interesante la interrelación entre los procesos intrapsíquicos, las transformaciones intrapsíquicas que se manifiestan en el encuentro intersubjetivo y aquellos procesos propios de la relación interpersonal directa entre paciente y analista como personas reales.

### Una pequeña viñeta

La paciente procede de una familia económicamente acomodada de otro país europeo, que se había instalado en España poco antes que nacieran ella y su hermana mayor. Julia tenía casi 30 años cuando me consultó por dificultades en sus relaciones personales. De buen aspecto y excelente capacidad de comunicación me explicó con claridad sus logros académicos y cómo empezaba a abrirse camino en el campo laboral. Sus dificultades estaban en las relaciones afectivas, porque no podía establecer relaciones que no fuesen más que encuentros esporádicos e insatisfactorios. El relato era muy claro, explicativo pero carente de la tonalidad afectiva que reflejara su sufrimiento. Para mí era fácil entenderla, pero más difícil empatizar con su padecimiento.

Empezamos un análisis de cuatro sesiones a la semana y desde el comienzo

mostró un vivo interés por nuestro trabajo. Sus comunicaciones eran claras pero con esa distancia emocional que ya se había manifestado en las entrevistas. Poco a poco se fue manifestando una dificultad importante para cumplir con los horarios de las sesiones. Llegaba tarde, las separaciones del fin de semana las vivía con mucha angustia y los reencuentros de los lunes le producían mucha inquietud y en ocasiones sentimientos persecutorios hacia mí.

Era frecuente su referencia a los recuerdos infantiles, donde unos padres intelectualmente poderosos y muy autoritarios tenían graves carencias emocionales. Su hermana mayor era la compañía más valorada, con quien formaba un grupo defensivo, frente a lo que vivían como despotismo de los padres. No describía abusos ni violencia física aunque sí un desapego emocional importante y una autoridad representada por el padre con accesos de ira. Su refugio preferido fueron sus estudios, hizo una carrera destacada, practicó algún deporte y en general desarrolló una vida solitaria, con algunas amistades de su mismo sexo, pero escasas relaciones afectivas con muchachos y alguna relación sexual que la llenaba de insatisfacción y vergüenza.

Si bien el clima que predominaba en las sesiones era de cordialidad y delicadeza, a medida que el análisis avanzaba surgían cada tanto episodios de violencia explosiva por algún gesto mío que había interpretado como hostiles y que frecuentemente la dejaban agotada con molestias físicas diversas. Esto ocurría especialmente cuando mis interpretaciones se dirigían a lo que ocurría en el presente de la sesión, es decir, directamente en nuestra relación.

Esto me llevó a adoptar una actitud de prudencia en mis intervenciones y hasta en mi modo de hablar que se hizo más cuidadoso, para evitar lo que podría desencadenar una descompensación. Si yo hablaba de esa manera, ella también asumía un tono reflexivo y amable, pero desprovisto de vi-



talidad afectiva. La entrada y salida de las sesiones, el mínimo contacto visual, la forma de dejar sus cosas, abrigos, carteras, libros, manifestaban una gran ansiedad que se calmaba cuando estaba en el diván.

Esto me hizo comprender que la relación analítica sería cordial y reflexiva si la distancia quedaba establecida, si no surgían modificaciones como al principio o el fin de las sesiones o las interrupciones de fin de semana o las vacaciones. Si bien en amplios aspectos de su vida profesional y de trabajo, pudimos analizar de manera provechosa sus dificultades, era evidente que allí quedaba un núcleo de muy difícil acceso.

Llegué a la conclusión de que esa relación amable pero distante, era la expresión simbólica de sus dificultades sexuales expresadas en la transferencia. Ni ella ni yo nos podíamos acercar más allá de unos límites claros y establecidos, conteniendo cualquier proximidad emocional. Este problema ha sido uno de los ejes de un largo trabajo analítico, en el cual fue posible entender, interpretar y elaborar el sentido profundo que había adquirido para ella la proximidad y la separación emocional, así como cualquier compenetración física. Muchas de sus comunicaciones no trascurrían a través de la verbalización, no por déficit en la misma, sino debido a que provenían de zonas que sólo se expresaban a través de actos o manifestaciones somáticas. El análisis permitió reconocer la existencia de figuras parentales internas tan distantes como intrusivas, lejanas pero autoritarias, que se hacían presentes en la actualidad de sus relaciones incluida la relación analítica.

No puedo extenderme en el detalle de este largo y difícil trabajo, pero debo decir que después de varios años centrados en la

relación transferencia-contratransferencia, es decir, en el nivel que simbolizaba sus conflictos más arcaicos, su sintomatología se fue suavizando a punto de poder establecer relaciones afectivas satisfactorias y alcanzar una sexualidad más plena.

### **Reflexiones finales**

Espero que la viñeta, a pesar de ser una apretada síntesis de un trabajo muy prolongado, permita observar en un mismo individuo zonas de pleno pensamiento simbólico, junto a otras en que los objetos arcaicos han quedado detenidos en su desarrollo; esto impide la evolución simbólica en el área afectiva y sexual de su personalidad, atascada en una situación edípica primitiva que hace comprensibles sus problemas de relación.

Es evidente que éste no fue el punto de partida del análisis, sino algunas conclusiones siempre provisionales, después de una prolongada elaboración. Pero parece indudable, que el favorecer el vínculo entre sus inhibiciones y síntomas somáticos y la cualidad de sus objetos internos, permitió un desarrollo simbólico que abrió las puertas a una comunicación interna y externa, fundamental para su mejoría clínica.

En el caso presentado, como en muchos otros, permanecer en el plano de las elucubraciones racionales, puede parecer un trabajo de simbolización pero en realidad esconde una barrera defensiva. Creo que en este caso, fue fundamental la irrupción, a veces incómoda, de emociones, de hostilidad, de sentimientos de amenaza, para que la relación fuera una experiencia viva, que alienta a pensar en la autenticidad del proceso de simbolización.



### **Bibliografía**

- Bion, W. (1962a) The Psycho-Analytic Study of Thinking, *Int. J. Psycho-Anal.* 43
- Bion, W.R. (1962b). *Learning from Experience*. London: Tavistock.
- Bion, W. (1992) *Cogitations*, Karnac Books, London
- Bléandonu, G. (1994) *Wilfred Bion. His life and works 1897-1979* Free Association Books, London
- Bleger, J. (1989) *Simbiosis y ambigüedad*, (1967) Ed. Paidós, Bs. Aires.
- Britton, R. (2001a) *Beyond the depressive position: Ps (n+1)* En Bronstein, C. Kleinian Theory, a contemporary perspective, Whurr Publishers, London.
- Britton, R. (2001b) Deification on Person of Process: Idolatry and Fundamentalism in Psychoanalytic Practice, *Psychoanalysis in Europe, Bulletin* 55.
- Freud, S. (1900) *La interpretación de los sueños*, OC. Vol. IV-V, Amorrortu Ed. Bs. Aires 1975
- Freud, S. (1915) *Lo inconsciente*, OC. Vol. XIV, Amorrortu Ed. B. Aires, 1975
- Green, A. (1975) The Analyst, Symbolization and Absence in the Analytic Setting (On Changes in Analytic Practice and Analytic Experience)—In Memory of D. W. Winnicott. *Int. J. Psycho-Anal.*, 56
- Hinshelwood, R. (1997) The Elusive Concept Of 'Internal Objects' (1934-1943) Its Role In The Formation Of The Klein Group, *Int. J. Psycho-Anal.* 78
- Klein, M. (1946) Notes on Some Schizoid Mechanisms *Int. J. Psycho-Anal.* 27
- Laplanche, J. Pontalis, J.B., (1974) *Diccionario de Psicoanálisis*, Ed. Labor, Barcelona
- Ogden, T. (1986) *La matriz de la mente*, Tecnipublicaciones, Madrid
- Perlow, M. (1995) *Understanding internal objects*, Routledge, London
- Reed, G. Levine, H. Scarfone, D. (2013) *Unrepresented states and the construction of meaning*, Karnac Books, London
- Sapisochin, G. (2013) Second Thoughts on Agieren: Listening to the Enacted, *Int. J. Psycho-Anal.*, 94

